

res. Allí las vírgenes triunfantes, noblemente victoriosas de la carne y los sentidos. Allí los misericordiosos, recompensados de sus obras de caridad; bienaventurados, que fieles á los preceptos del Señor, giraron para la tesorería del cielo su patrimonio terrestre.

»Apresurémonos, hermanos amadísimos, por llegar allá, á fin de que cuanto antes los veamos á ellos y al Señor»¹.

¡Y hace cuatro siglos que se le está repitiendo á Europa que no hay poesía en los Padres de la Iglesia, como se le dice que no hay arquitectura en los siglos cristianos! Tengamos lástima de los que no conservan más que un ojo, dice San Agustín, y agradezcamos al Señor el habernos dejado los dos.

Tenlos muy abiertos para que contemples el espectáculo que te presentaré en la siguiente carta.

Tu afectísimo...

¹ San Cirilo, *De Immortalit.*

CARTA DÉCIMOCTAVA.

SUMARIO: Cuarto objeto de nuestra correspondencia: *dar ánimo*.—La tierra de los vivientes.—Lo que es.—Por qué se llama así el cielo.—Hermosa filosofía del Símbolo.—Tres plenitudes de vida: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración —Allí todo vive.—Vive el espíritu: conocimiento del pasado y del presente.—Conocimiento del mundo material y del moral.—Conocimiento instantáneo y sin trabajo.—Goces del espíritu.—En la tierra de los vivientes todo es luz.

QUERIDO AMIGO:

Hemos estudiado el lado triste y el lado serio de la vida. Para acabar de cumplir lo prometido, réstame presentarte el lado consolador. La vida presente tiene de consoladora el ser el precio de la vida verdadera. Dadme un punto de apoyo, decía Arquímedes, y levantaré la tierra. El medio más poderoso de elevar el hombre hacia el cielo es *animarle* á que no se arredre de nada para conquistarlo; es mostrarle la verdadera vida, la vida que le espera al otro lado de la tumba.

Este espectáculo todo se lo hace posible, todo fácil. Cuando una vez lo ha visto, gusta

de volverlo á ver. Sugoza es elevarse frecuentemente á la tierra de los vivientes, recorrer familiarmente las plazas de la Jerusalén celeste, visitando á los Patriarcas y á los Profetas, saludando á los Apóstoles, admirando el ejército de los mártires y confesores, contemplando los coros de las vírgenes ¹.

Emprendamos este viaje. Ya sabemos que la muerte no es abrirse un negro precipicio, en el que caemos irremisiblemente después de haber vegetado algunos años en este valle de lágrimas. La muerte es una potencia amiga, que viene á tomarnos en sus brazos para trasportarnos á la cima del monte de la luz, de la felicidad y la vida. La muerte no es el acabamiento final, sino un comienzo; no es la puesta del sol, sino la aurora. Morir es nacer. Insisto en este pensamiento, que es el más capaz de infundir aliento y el más consolador de todos, así para los que se van como para los que se quedan.

Morir, pues, no es morir; es cambiar de

¹ «Anima quæ amat, ascendit frequenter et currit familiariter per plateas cœlestis Jerusalem, visitando patriarchas et prophetas, salutando apostolos, admirando exercitus martyrum et confessorum, chorosque virginum speculando». (S. August., *Manual.*, cap. xxvi, núm. 3.)

domicilio. Al dejar el cristiano la tierra, no deja la vida, sino muy al contrario. ¿A dónde va? A la tierra de los vivientes: *In terra viventium* ¹.

¡A la tierra de los vivientes! Toda la poesía, toda la filosofía, toda la retórica de los hombres se eclipsan al lado de esa palabra. No conozco otra más rica, ni que arrebate más. ¿Qué es la tierra de los vivientes? Es el cielo. ¿Por qué el cielo se llama tierra de los vivientes? Por varias razones, igualmente dignas de la bondad y sabiduría de Dios.

La primera. Por oposicion á este bajo mundo, llamado con tanta razon valle de lágrimas y tierra de los que mueren: *Vallis lacrymarum et terra morientium*. En efecto, aquí bajo todo muere y nada vive. El cielo, por el contrario, es el país venturoso en que todo vive y nada muere.

La segunda. Porque el hombre, hecho para la vida, la ama con pasión; y como no la encontramos aquí bajo, ha querido Dios excitar en nosotros un deseo ardiente del cielo, designándolo con el nombre bendito de tierra de los vivientes.

La tercera. Para justificar á la Providencia,

¹ Salmo cxli.

prometiéndole al hombre la satisfacción eterna y superabundante del deseo perenne de vivir, que Dios le puso en el corazón.

Por un nuevo rasgo de su paternal ternura, ha querido Dios que esa promesa sea la primera verdad que se enseña al niño, y la que diariamente repiten millones de veces los hombres de toda edad y de todos los países. Tal es la bella filosofía de nuestro Símbolo católico. ¿Has pensado en esto alguna vez? De los doce artículos de que consta, once nos indican el trabajo de la vida temporal y las condiciones de la prueba; el duodécimo marca la recompensa.

Para este trabajo decisivo Dios se asocia con el hombre. El Padre crea los ángeles, el cielo y la tierra, los astros, los animales, las plantas, los metales, y todo lo conserva y lo confía al hombre para que se aproveche de ello. El Hijo ennoblece y rescata todas las cosas, vendidas imprudentemente por el hombre al demonio. Para eso baja del cielo, nace, vive, trabaja, sufre, muere, resucita, y, restaurador universal, vuelve á su gloria, donde su amor nos guarda los asientos. El Espíritu Santo viene á completar la obra del Hijo. Desciende al mundo, establece la Iglesia, la gran sociedad depositaria de la vida y de to-

dos los medios de darla, defenderla y perfeccionarla, como son los Sacramentos, el culto público y privado, los templos, las fiestas, las Ordenes religiosas y el sacerdocio entero.

Deber del hombre es explotar esas inmensas riquezas, y lo hace diciendo CREO, y conformando su conducta con su fe. ¿A dónde conduce esa rica explotación? La respuesta está en el último artículo del Símbolo: á la vida; pero á la vida eterna: *Vitam æternam*. Detengámonos en esta palabra, y hagamos lo posible por comprenderla.

He dicho que el cielo se llama la tierra de los vivientes, porque allí todo vive, nada muere ni puede morir. ¿Por qué? Porque el cielo es el reino eterno de Dios, que es la vida por esencia. De donde resulta que en la tierra de los vivientes todo es vida, quiero decir, que la vida reina allí en su triple plenitud: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración.

Plenitud de universalidad. En el cielo todo vive: vive el espíritu, vive el corazón, vive el cuerpo, viven los cinco sentidos, vive todo el hombre, viven las criaturas.

Vive el espíritu. Como el ojo se ha hecho para ver, el espíritu se ha hecho para conocer: el conocer es su vida. ¿No ves cómo el

hombre, por satisfacer esta necesidad perenne de su espíritu, pasa los mejores años de su infancia y juventud en aprender un arte, un oficio ó una ciencia? Y más adelante, ¿no le ves rompiéndose los cascos á trueque de perfeccionarse en su profesion, y otras veces emprendiendo largos viajes, cruzando los mares, trepando á las montañas, bajando á las entrañas de la tierra, gastándose antes de tiempo con trabajos ó vigiliias prolongadas? ¿Y para qué todo esto? Para aumentar la vida de su espíritu con la posesion de alguna nueva verdad, y para reputarse luego dichoso cuando ha logrado entrever, á través de espesos velos, cualquier secreto del mundo físico ó del moral.

Sin embargo, ¿qué son todas las verdades que aquí bajo podemos descubrir? Son vestigios del Criador, dice el Príncipe de la Teología: *Vestigia Creatoris*. En la tierra de los vivientes, el espíritu, hecho deiforme, verá sin trabajo, con una simple mirada, no ya algunos rayos de verdad, sino toda la verdad; la verá en lo pasado, en lo presente y en lo porvenir, en el mundo físico y en el moral, cuanto lo necesite para ser feliz; la verá, no como en un espejo, ó á través de un velo, sino realmente, cara á cara. Verá, no los vestigios

del Criador, sino al Criador mismo, á Dios en persona, y en Dios todas las obras de Dios.

En el orden material veremos las razones íntimas de haber sido criado el mundo; conoceremos la causa de todas esas revoluciones del globo, que asombran y confunden á la ciencia; por qué han desaparecido las especies gigantescas de los reinos animal y vegetal, cuyos restos prodigiosos atestiguan la magnificencia del mundo primitivo.

Conoceremos, no solamente la naturaleza íntima de los seres materiales, desde el infusorio hasta el elefante, desde el águila que se cierne en las alturas del cielo hasta los monstruos marinos que se ocultan en lo profundo de los mares; sino también la armonía maravillosa que los une en la cadena de los seres, el lugar que cada uno ocupa en el plan de la creacion, y las funciones que le están providencialmente señaladas.

Sin necesidad de telescopio gozaremos viendo con toda claridad el firmamento y sus maravillas innumerables. El más humilde entre todos los Santos, más sabio que todos los astrónomos, conocerá, sin estudiar, el número de los astros, su naturaleza, su volumen, las leyes que presiden á sus movimientos, y

su razon de sér. Estos son, y otros muchos, los secretos del mundo material, que entendiéndolos perfectamente, quedará el espíritu deliciosamente extasiado.

No ménos completo, pero más arrebatador, será el conocimiento del mundo moral. Tan deslumbradora es la belleza del angel, que nuestros ojos no podrían sufrir su brillo, como no pueden fijarse en el disco del sol. Pues con los ojos del espíritu, harto más penetrantes que los del cuerpo, veremos, no un angel, sino á todos los ángeles y todas las perfecciones de su naturaleza: inmenso y lucido ejército, cuya magnificencia y admirable orden no pueden compararse á nada de lo que existe sobre la tierra.

Detrás del angel, la criatura más hermosa es el alma humana. Es la más hermosa, porque, igualmente que el angel, ha sido hecha á imagen de Dios. Si la belleza del cuerpo, sombra grosera de la verdadera belleza, mueve al corazon más frio, lo apasiona y hace enloquecer, ¿cuál no será el imperio que ejerza la belleza del alma? Pues en la tierra de los vivientes se veían todas las almas que desde el principio del mundo se hayan hecho semejantes á Dios, realizando en sí mismas sus admirables perfecciones.

Las verás, no sólo por fuera, sino que siendo como transparentes, nuestro espíritu las penetrará como el rayo solar penetra el cristal. ¡Qué inefable delicia, ver interiormente el alma de nuestro Señor Jesucristo, el alma de la Santísima Virgen, el alma de Abraham y de los Patriarcas, el alma de los Apóstoles y los mártires, el alma de los grandes solitarios y de las vírgenes, y tantas otras almas, cuyas virtudes heróicas brillarán como otros tantos diamantes en la corona de una reina!

¿Y qué te diré, mi querido amigo, de las vicisitudes del tiempo que el espíritu deificado tendrá siempre presentes y conocerá sus causas y sus efectos? Continuamente absorto le tendrá la vision íntima de tantos misterios, cuya profundidad hace ahora inclinar las frentes mejor formadas. Verá la caida de Luzbel y sus causas, la caida de Adan y sus causas, el triunfo momentáneo de los malos y sus razones, las humillaciones y sufrimientos del justo y sus razones.

Sabrás entonces por qué entre tantas naciones escogió Dios por pueblo suyo á los descendientes de Abraham, por más que previó sus continuas rebeldías y sus persecuciones contra los Profetas, y su odio homicida contra su divino Hijo, bajado del cielo para sal-

varlos. Iniciado en todos los secretos divinos, admirará los medios, hoy desconocidos, por los cuales el Padre de todos los hombres ha procurado en todos los tiempos y lugares al pagano, al bárbaro y al salvaje las luces suficientes para conocer la verdad, las fuerzas necesarias para abrazarla y llegar á la vida de la eternidad. Maravillado de conocer los designios misteriosos de la Providencia, dirá: Señor, vos habéis hecho bien todas las cosas.

¿Qué más añadiré? Tranquilo espectador, el espíritu verá correr por delante de sí el río impetuoso que regocija á la ciudad de Dios ¹. Este río, cuyo manantial está en el paraíso terrenal, cuyo cauce es tan ancho como el mundo, cuyo curso es tan rápido como el torrente que se precipita de la montaña, y que desemboca en el gran mar de la eternidad, no significa sino la vida de las naciones y las naciones mismas.

A un golpe de vista el habitante feliz de la tierra de los vivientes abarcará toda la historia del linaje humano en su conjunto y en sus detalles. Tendrá á la vista la elevación y la caída de los imperios, y conocerá sus causas. Verá cómo todas las monarquías del antiguo

¹ Salmo XLV.

y del nuevo mundo, á sabiendas ó sin saberlo, de buen grado ó á pesar suyo, habrán contribuido al establecimiento ó conservación del inmortal reino del Redentor. Tal será su éxtasis en vista de tantas verdades, que se moriría de admiración si no estuviera revestido de fuerza sobrehumana.

Una sola palabra te explicará todo lo que pienso. En la tierra de los vivientes todo será luz: luz intelectual y luz física, luz inmensa, luz sin sombra, luz sin intermitencias, luz mil veces más brillante que la del sol, y de todos los astros reunidos. El foco de esta luz será el mismo Dios, y nuestro Señor Jesucristo será el potente reflector que la echará á torrentes en toda la extensión de la ciudad bienaventurada ¹.

De manera que en la tierra de los vivientes habrá plenitud de vida para el espíritu, plenitud instantánea y siempre nueva; pues en

¹ «Et civitas non eget sole, neque luna: nam claritas Dei illuminavit eam, et lucerna ejus est agnus». (Apoc., xxi, 23.)

«Claritas Dei est ipse Deus, qui est increata claritas, et sol radiatissimus cœlestis Jerusalem... Ita ut claritas Dei sit ipse sol divinitatis ex qua lucerna humanitatis Christi suum lumen mutuatur... Sicut enim claritas Dei est sol, sic claritas Agni est quasi luna cœli empyrei». (Corn. a Lap. in hunc loc.)

este Océano sin fondo y sin orillas de luz y de verdad, el espíritu descubrirá siempre nuevas luces y nuevas verdades, sin que pueda nunca llegar á ver la última: *De claritate in claritatem*¹.

Y nosotros, que desde la infancia hasta la vejez luchamos con tanto trabajo y tan escaso resultado contra las tinieblas de la ignorancia y del error, ¿no desearemos ir al país de la luz, y seguiremos llorando á los que van delante?

En la carta siguiente hablaremos de la vida del corazón.

Tu afectísimo...

¹ II. Cor., III, 18.

CARTA DÉCIMANOVENA.

SUMARIO: En la tierra de los vivientes el corazón vive.— Vida del corazón: amar y ser amado.—Lo que amará el corazón y quién le amará.—Dios.—La Santísima Virgen, los Angeles, los Santos, nuestros parientes y amigos.—Poder y delicias de este amor.—En la tierra de los vivientes el cuerpo vive.—Cualidades del cuerpo glorioso: impassibilidad, sutileza, agilidad, claridad.—Explicación de las dos primeras cualidades.—Felicidad que de ellas resultará.

QUERIDO AMIGO:

En la tierra de los vivientes, el corazón, igual que el espíritu, vive con la plenitud de la vida. Para el corazón vivir es amar y ser amado. Amar lo verdadero, lo bello, lo bueno, á Dios, y todo lo que es digno de Dios; amarle como debe ser amado; amarle y ser amado de Él, sin temor de que se disminuya este amor recíproco: tal es la vida del corazón.

¿Quién será capaz de explicar lo que el hombre hace para satisfacer esta necesidad imperiosa de su ser? Vigilias, sacrificios, trabajos, peligros, privaciones, la vida misma